

guez, si bien le sirvieron de obstáculo para realizar muchos de sus proyectos, no fueron lo suficientemente fuertes para impedirle llegase á superar como proyectista consumado á todos aquellos que se contentaban con el mayor lucro posible. Condición era muy suya, que le ennoblece y le hace digno de sus admiradores, el exclusivo fin perseguido en sus diseños, nunca mezclados de interés y sí de los más ardientes deseos de transmitir toda su ciencia y saber á las generaciones que habían de sucederle.

La envidia, constante perseguidora del mérito, vióselá rodear perennemente á Rodríguez, y más y más según su fama iba en aumento, tendiendo con sus artificios á relegarle á la obscuridad. Afortunadamente no lo consiguió, llegando aquél á ser oráculo de la arquitectura en su época; siendo tal la superioridad suya, que apenas le bastaban los instantes para responder á los encargos que se le hacían por todas partes.

Rodríguez empezó desde el primer momento á comunicar por cuantos medios le era dable su saber y conocimientos en varias Sociedades artísticas y económicas, tomando activa parte en sus deliberaciones, informando en infinitas ocasiones, en las que se le veía discutir con tal fuerza de criterio y con tan irrefutables argumentos, que mezclados con su carácter simpático y cualidades de exquisita modestia y cortesía, le hacían ser respetado y admirado de todos sus consocios y del pueblo en general.

Dificultad y no pequeña tendríamos al reseñar, siquiera fuera sucintamente, las personas más salientes de su época que le distinguieron con su sincero cariño y amistad. Entre ellas descuella el Infante Don Luis, hermano de Carlos III, que le honró con el título de Arquitecto mayor de sus Palacios, procurando tenerle el mayor tiempo posible á su lado para escuchar sus sabias disquisi-

ciones sobre arquitectura. Como prueba de este afecto se recuerda el retrato que por encargo del mencionado Infante hizo de Rodríguez D. Francisco Goya, ilustre pintor de Cámara de S. M.¹.

Las más importantes personalidades artísticas y científicas, como Mengs, Jovellanos, Campomanes, Miguel Álvarez y tantos otros, admirábanle por sus amenas conversaciones, su afable trato, sencillez y modestia, que hacían á D. Ventura Rodríguez respetado y querido de todos aquellos que tuvieron la fortuna de tratarle, contribuyendo esto á endulzar las múltiples amarguras que la envidia le proporcionaba, merced á sus grandes concepciones, persiguiéndole sin descanso.

Tampoco ésta fué óbice para que, según él había recibido de su maestro Caro Idrogo, transmitiera á sus discípulos los más nimios detalles de la ciencia de Vitruvio, sin buscar alabanzas y sólo ansioso de comunicar lo mucho que sabía, estableciendo en su casa una especie de Academia de Arquitectura, en la que admitió todos los jóvenes que lo solicitaron y que, como más adelante veremos, debido á las enseñanzas que les dió, llegaron á constituir un núcleo numeroso de constantes imitadores del maestro, viéndoseles figurar en primera línea y al lado de éste en los últimos años de su vida.

Con paciencia ilimitada para la enseñanza, dulzura y celo, D. Ventura se afanaba por depositar sus conocimientos en aquel que veía con deseos de estudiar; y cuando éstos salían por especiales circunstancias de la Corte, mantenía estrecha correspondencia, resolviéndoles cuantas dificultades encontraban en la ejecución

1 El original se conserva en el Palacio de Aranjuez, y una copia en la Academia de San Fernando.

de las obras por ellos dirigidas en las diferentes poblaciones de nuestra Península.

En el año 1747 fué agraciado con el título de Socio de mérito por la Academia de San Lucas de Roma, debido á la prodigiosa invención revelada en los planos que para una iglesia había ejecutado por aquella fecha, y que para su examen hubo de enviar á la capital de Italia.

Dos años más tarde, viendo Fernando VI las excepcionales aptitudes de D. Ventura trabajando con ardorosa fe y anhelo constante, ya en las reales obras de Madrid, ora como profesor de Arquitectura, bien en la Junta preparatoria, le nombró en 1749 Arquitecto delineador mayor de su Palacio.

Erigida la Academia de San Fernando en el año 1752, fué Director de Arquitectura, desde su fundación, figurando á la cabeza de los maestros de este arte, lo que demuestra y demostró á la Europa entera la reputación de Rodríguez como proyectista y tracista, dado caso que la Academia desde sus orígenes fué celebrada de todas las naciones cultas.

Según los estatutos de la misma, D. Ventura Rodríguez tenía necesidad de asistir á clase en el mes de su turno, á la par de dirigir los estudios de su profesión, para lo cual recibía el correspondiente aviso del Secretario; y á pesar de sus numerosas ocupaciones, era tal el interés tomado en la enseñanza, que, resgistrando los rincones más oscuros del Archivo de la Academia de San Fernando, no hemos hallado indicios por los que se pueda suponer hubiera algún día faltado á su cátedra.

Á pesar también de desdeñar honores y distinciones, por el hecho de ser Director de Arquitectura era considerado como Noble, pudiendo disfrutar de todas las inmunidades, prerrogati-

vas y exenciones gozadas por los hijosdalgo, disponiendo y ordenando el Rey que á los Directores de la referida Academia, cuando por las exigencias de su profesión recorrieran los territorios de la Península, se les guardasen y cumplieran todas aquellas gracias que como Nobles les correspondían, bastándoles al efecto el título ó certificación expedido por el Secretario de la Academia. Además de la consideración apuntada, procedíale la condición de nobleza de su familia, como puede verse por el escudo y ejecutoria que acompañamos en el Apéndice, curiosa en extremo esta última por los infinitos datos históricos en ella contenidos, habiéndonos decidido por ello á incluirla con los demás documentos.

Asimismo, por el hecho de figurar en primera línea D. Ventura en la Academia, como centro docente, podía presentar planos y ejecutar obras allí donde reclamaran sus servicios, sin necesidad de licencia por parte de tribunal alguno. No obstante este derecho, se complacía en presentar todos sus trabajos á sus compañeros antes de ponerlos en práctica, para que emitieran su dictamen. Condición esta que nos indica en Rodríguez su ejemplar modestia y deseo vehemente de oír las apreciaciones que merecían sus concepciones, antes de llegar el momento en que él ú otros las realizasen.

Cuando tratemos de las obras de D. Ventura haremos la descripción de la iglesia de San Marcos; pero aquí séanos permitido hablar de aquella Junta general celebrada en 23 de Diciembre de 1753, presidida por el Protector, Excmo. Sr. D. José de Carvajal y Lancaster, en la que, con motivo de la distribución de premios de fin de curso, el Sr. Viceprotector, D. Tiburcio Aguirre, leyó en honor de las tres nobles artes un elocuente discurso, al que siguió aquella bella composición poética de D. Ignacio Luzán

aludiendo en el comienzo del canto XI á D. Ventura Rodríguez y á su obra de San Marcos diciendo:

“Sagrado Evangelista,
También tus aras renovadas veo
Por artífice diestro, que reduxo
Lo hermoso y grande á limitado giro.”

Con motivo del matrimonio de la Infanta Doña María Luisa con el Archiduque Pedro Leopoldo, la Academia de San Fernando comisionó á D. Ventura, en unión de los Marqueses de Grimaldi, Sarriá, Santa Cruz y Távora, Conde de Aranda, Director de la Academia, y algunos otros, á que la representase en el besamanos de 21 de Febrero de 1764.

A fin de Diciembre de 1765 terminaba el trienio de Director general que desempeñaba D. Felipe de Castro, y por pluralidad de votos fué propuesto Rodríguez á Su Majestad en 9 de Enero de 1766 para aquel cargo; propuesta que fué aceptada, despachándose las órdenes oportunas para su nombramiento, tomando aquél posesión de tan honorífico y artístico empleo en 19 del mes y año citado.

La cariñosa amistad apuntada anteriormente que los personajes más importantes de toda España en los promedios del siglo XVIII, tanto en la política como en las artes y en las ciencias, dispensaron á D. Ventura Rodríguez, congratulándose sobremodera de tenerle por amigo, de una parte, y de otra las distinciones de que era objeto, nombrándole la Academia de San Lucas Académico de mérito; más tarde Fernando VI dándole el nombramiento de Arquitecto mayor; pocos años después, considerándole el mismo Monarca como uno de los más hábiles maestros de Arquitectura,

y pagando Carlos III sus desvelos por la enseñanza con la alta y honorable distinción de Director general de la Academia de San Fernando, al mismo tiempo que el Cabildo de la Catedral de Toledo le nombraba su Arquitecto, ¿qué otra cosa demuestran estas distinciones, sino el mérito de Rodríguez y el crédito adquirido entre propios y extraños?

Pero hay más: como si aquéllas no fueran suficientes para evidenciar el poderoso influjo y el impulso dado por D. Ventura á la Arquitectura clásica española, tenemos las innumerables consultas y los infinitos llamamientos que en cien ocasiones el Consejo de Castilla y la Academia de San Fernando le dirigían en nombre y por encargo de las provincias, pueblos y hasta lugares de escaso vecindario, reclamando un Arquitecto de exquisito gusto artístico, es decir, un maestro que sin vacilaciones ni divagaciones, sin tachar la menor línea, imprimiera en la vitela lo que concebido tuviera en su inteligencia; ¿y de qué Arquitecto sino de Rodríguez se disponía al punto?

Otra prueba existe también entre las que podríamos presentar para fundamentar nuestro aserto: ¿por qué los más célebres Arquitectos de aquel entonces, en cuantos documentos solicitaban obras, ponían como primer título el haber sido discípulos del restaurador de la Arquitectura española? Estas consideraciones, aparte de otras que pudieran agregarse, demuestran patentemente que D. Ventura Rodríguez, en el siglo XVIII, fué el más distinguido y sabio maestro de su época.

Por ello el Ayuntamiento de Madrid habíale dado el nombramiento de Maestro mayor de obras y fuentes en 1764, y la Academia de San Carlos de Valencia, en 1768, le eligió Académico de mérito. La Sociedad Económica Matritense, en 1775, buscó su

valiosa cooperación para encomendarle los asuntos relacionados con el arte; y habiendo terminado su trienio de Director general de San Fernando en 1769, es reelegido nuevamente para el mismo cargo en 1775, no habiéndolo sido antes porque, según los Estatutos de la mencionada Academia, debían alternar en la Dirección general Escultores y Arquitectos.

Sin entrar en el campo de la crítica, dejándolo para otra pluma más avezada que la nuestra, sin embargo, no podemos pasar en silencio el juicio de algunos escritores que, sin duda por un incompleto estudio de las riquezas arquitectónicas españolas, pretenden rebajar en cierto modo la simpática y gallarda figura del Arquitecto más eminente que existía en España hacia la mitad de la centuria décimoctava, fundándose, para sostener su opinión, en que no fué D. Ventura Rodríguez á beber en las venerandas fuentes de la antigüedad clásica de Italia.

En nuestro humilde concepto, que aunque sea pobre no está destituido de fundamento, al admirar la majestad de la capilla real de San Isidro en Madrid, los magníficos adornos de la iglesia de la Encarnación, las bellísimas fuentes del Prado, los planos para la suntuosa iglesia de San Bernardo, que no se ejecutaron, los ricos y valiosos adornos del Transparente de San Julián, en Cuenca, la sublimidad que se respira en la elíptica capilla de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, como obras de Rodríguez, sin pasar á Roma, pónese muy por alto su nombre sobre la totalidad de sus contemporáneos y discípulos, á pesar de haber sido éstos pensionados en Italia por la Academia de San Fernando para ensanchar sus horizontes arquitectónicos.

Según nuestro leal saber y entender, D. Ventura Rodríguez no necesitó contemplar y estudiar directamente los monumentos

italianos, porque la belleza arquitectónica la halló en su patria, y en particular en aquella capilla de la Casa Real de Aranjuez, donde Toledo, tracista en la Basílica de San Pedro de Roma cuando la levantaba Miguel Angel Bonarrota, recibió el encargo de Felipe II de idear y edificar aquella maravilla del arte como reducido modelo de la Basílica, en la antigua capilla del Palacio de Aranjuez, y allí D. Ventura, sin salir de España, pudo estudiar la grande y maravillosa nave de la iglesia de San Pedro en Roma.

El mero hecho de no haber estado en Italia, más que como argumento para rebajar su gloria, sirve para hacer mayor su aureola, puesto que sin aquel requisito llegó en su tiempo adonde ninguno pudo encumbrarse en la ciencia y arte de Vitruvio. Los genios *nacen, pero para las artes de la ciencia y destreza se hacen*; ahora bien, era preciso el trabajo y el estudio para desenvolver su predisposición arquitectónica, y por ello D. Ventura vivió consagrado á la ciencia desde sus más infantiles años hasta la víspera de su muerte, en que trazó la fachada de la carnicería de la calle Imperial de Madrid.

Por otra parte, los frecuentes viajes realizados por nuestra Península admirando y estudiando en ellos obras románicas en Asturias, góticas en Castilla, arábicas en Granada y Córdoba, greco-romanas ó del Renacimiento en todas las provincias de España, ponen de manifiesto el gran cúmulo de datos que recogió D. Ventura Rodríguez sobre las fábricas que nos dejaron las pasadas edades, asimilándose de cada estilo, *sin salir de su país*, lo que le pareció más digno de aprovechar para sus inmortales concepciones, restableciendo las proporciones de los órdenes greco-romanos para conciliar después con su aspecto severo la gracia que pudiera realzarlos; la ornamentación que, sin pecar de liviana

y redundante, diese otro atractivo, otra animación al conjunto, haciéndole por su estilo más y más fastuoso.

Conocedor profundo de lo que contempló en sus visitas por nuestro suelo, y fiel intérprete de la elegancia y el gusto de la sociedad á que consagraba su talento, demostróse delicado y prudente al hermanar el arte clásico del siglo XVI con el que á su tiempo convenía; resultando de sus combinaciones artísticas las obras ecléctico-monumentales españolas que inmortalizan su nombre.

Además, la constante comunicación con los Arquitectos italianos, llamados por los Monarcas á España, en las obras que éstos les encomendaban, proporcionóle necesariamente ocasión de comparar lo que valía la escuela española propiamente dicha con la de Fontana, que seguían y siguieron los Arquitectos Juvara y Sachetti.

Con todo lo que antecede creemos haber demostrado no tiene fundamento serio la opinión sustentada por aquellos autores que, para rebajar algún tanto el mérito de D. Ventura Rodríguez, no presentan más argumento que la falta, imperdonable para ellos, en su vida artística, de no haber estudiado *de visu* las obras del arte en Italia.

Tampoco hemos de pasar en silencio, dejando de apuntar algunas consideraciones sobre la versión de algunos escritores que inclínanse á creer eran de sumo coste en la práctica los diseños de Rodríguez. Opinión infundada, dado caso que en su tiempo se invirtieron grandes sumas en costosas y prolijas fábricas que para el arte arquitectónico no aprovecharon absolutamente de nada á la Nación.

Por otra parte, aquellas construcciones cuyos proyectos y

pensamientos de D. Ventura Rodríguez, aceptados en principio, aunque no realizados, y sí los de sus adversarios en el arte sobre la misma idea de fábrica ó edificio, ocasionaron no pocas veces gastos mucho más elevados que los que él suponía. Así tenemos que, puestos en ejecución los planos de Fray Francisco de las Cabezas para la iglesia de San Francisco el Grande, apenas se lee la historia de su construcción, echamos de ver las reformas que hubo necesidad de hacer para dar firmeza á los pilares, los cambios de Arquitectos, el mayor tiempo empleado en la elevación de dicho templo y, por lo tanto, la mayor acumulación en el importe de jornales, con lo cual el precio total de la fábrica subió exageradamente, sin quedar aquélla con la unidad y proporción como cuando no intervienen en las obras otras manos que las del Arquitecto autor del proyecto. Resultando que, por muy elevado que fuera el coste de la realización de los planos ideados por D. Ventura, seguramente, y con motivo de los tan disputados proyectos de Fray Francisco de las Cabezas, los presupuestos de aquél no llegaron á la exorbitante suma invertida en la fabricación del templo de San Francisco en Madrid, después de tantos contratiempos como en ella ocurrieron.

En la carta dirigida por Rodríguez al Padre Guardián de San Francisco, incluida en nuestro Apéndice, puede verse la refutación hecha por él mismo contra los que pretendían demostrar la inmensidad de gastos al poner en práctica sus pensamientos, diciendo que no había de sacrificar su proyecto en lo más mínimo, retirando, por lo tanto, los planos y manifestando *que no sería nunca responsable de las imperfecciones y malas consecuencias que sobrevinieran, una vez realizada la fábrica con sujeción á las condiciones que á él se le ponían.*

Otros numerosos casos podrían recordarse, demostrando con ellos que, si bien las obras de Rodríguez eran producto de un detenido estudio, no exigían los cuantiosos dispendios de que se le objetaba, sirviéndonos, para terminar, un extracto del expediente sobre Casas Capitulares en Betanzos, que se conserva en el Archivo de la Academia de San Fernando, y de cuyo expediente resulta que D. Antonio Cándido García, Arquitecto, había regulado el coste de aquéllas en 175.350 reales vellón, presupuesto que nuestro biografiado, una vez estudiado los planes é informado sobre los mismos, redujo la cifra á 136.000 reales vellón, después de las modificaciones que creyó conveniente, como más ampliamente verán nuestros lectores cuando tratemos de las obras de lo concerniente á Betanzos.

Pero nada corrobora nuestro aserto tan bien y palpablemente como el presupuesto que formó D. Ventura para la conclusión de la Catedral de Valladolid en el informe que sobre ella hizo en 1768, fijando el tipo total de finalización de las obras en dos millones de ducados; precio ínfimo, á juicio del Cabildo, puesto que hubo de elevarle más tarde á la misma suma numérica de pesos, teniendo en cuenta la exorbitancia del coste de materiales y de mano de obra que se notó en los años que habían transcurrido desde el comienzo de la referida Catedral.

Á grandes rasgos, pero con fundamentos dignos de consideración, creemos haber demostrado el por qué no se realizaron en la Corte las más grandiosas fábricas maduradas en la feliz inteligencia de Rodríguez, quedando descartada de una vez para siempre la opinión del asombroso coste al ejecutar sus planos y diseños. ¿Qué otra cosa, si no, nos demuestra la realización de sus infinitos proyectos fuera de la capital de España?